



JOHN ELLIOTT Y EL MUNDO ATLÁNTICO

Carlos Martínez Shaw* 

Cómo citar este artículo/Citation: Carlos Martínez Shaw (2023). John Elliott y el mundo atlántico. *Anuario de Estudios Atlánticos*; nº 69: 069-001.

<https://revistas.grancanaria.com/index.php/aea/article/view/10803/aea>

ISSN 2386-5571. <https://doi.org/10.36980/10803/aea>

Recientemente hemos perdido a John Huxtable Elliott, sin duda uno de los más prestigiosos historiadores hispanistas y uno de los más significados referentes de la historiografía española de las últimas décadas. No es este el lugar para esbozar una reseña de su vida y de su obra, cosa que muchos han hecho y, entre ellos, yo mismo, hace pocos meses, en *Andalucía en la Historia* (nº 76, julio 2022, pp. 90-93), aunque sí para destacar que su obra historiográfica estuvo siempre vinculada a España y a su imperio y que una parte importante la dedicó a analizar al papel de España en la construcción de un «mundo atlántico», tesis que mantuvo en algunas de sus obras más relevantes y en algunas intervenciones memorables en los *Coloquios de Historia Canario-Americana* celebrados en Las Palmas de Gran Canaria, a los que acudió por primera vez de la mano de don Francisco Morales Padrón en el año 2000.

Ya antes, John Elliott había expresado su profunda convicción de que los estudiosos de la historia moderna de España no podían de ninguna manera desdeñar o preterir la historia de la América hispana, so riesgo de no llegar a comprenderla en su auténtica realidad. Este argumento había aparecido repetidamente en sus obras, ya a partir de uno de sus primeros ensayos, el muy justamente celebrado *The Old World and the New, 1492-1650* (1970, traducido al español en 1972), uno de los libros más lúcidos jamás escritos sobre el impacto del conocimiento de América en Europa. Y, más tarde, su relación con el mundo americano se prolongó mediante su extensa contribución a la *Cambridge History of Latin America* (1984 y traducción española de 1990) o el libro titulado *Spain, Europe and the wider world, 1500-1800* (2009 y traducción española de 2010). Sin embargo, vamos a referirnos esencialmente a sus dos lecciones impartidas en Las Palmas de Gran Canaria y a otro libro fundamental aparecido entre una y otra, *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América, 1492-1830* (2006).

En el año 2000, el hispanista británico inauguró el *XIV Coloquio de Historia Canario-Americana* con una conferencia titulada *En búsqueda de la Historia Atlántica*, cuyo propósito era justamente el que se enunciaba en el título, la necesidad de «elaborar una historia verdaderamente “atlántica”», es decir la urgencia de integrar todos los relatos parciales en una sola narrativa global que tuviera en cuenta las constatadas vinculaciones de las sociedades establecidas a uno y otro lado del Atlántico. Se quería estudiar una nueva realidad que se había abierto camino en la investigación histórica. Expresado con las palabras del ponente, «un Atlántico unificado, vínculo de unión entre Europa, África y América, sugiere que hay motivo para un enfoque unificado de su historia».

La aparición de África venía impuesta por las aportaciones de Charles Verlinden, a partir de su artículo sobre *Les origines coloniales de la civilisation atlantique*, de 1953, a los que seguirían otros donde, además de certificar el paso fundacional de identificar la existencia de una «civilización atlántica», y prevalido de sus estudios sobre la esclavitud y la trata negrera, señalaba que el continente africano quedaba indisolublemente ligado a la zona europea de dicha civilización. Al margen, los estudios que se estaban desarrollando demostraban que las relaciones eran trilaterales, debido a los intercambios entre Europa, África y América (singularmente los

* Catedrático Emérito de Historia Moderna de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Miembro de Número de la Real Academia de la Historia. Madrid. España. Correo electrónico: cmshaw@geo.uned.es

tipificados como constitutivos del llamado «comercio triangular»), hasta tal punto que para John Elliott era «la dimensión africana la que proporcionaba a la historia atlántica gran parte de su renovada vitalidad».

Sin embargo, la unificación de una historia «panatlántica» o la formación en el siglo XVIII de una «economía atlántica plurinacional», no descartaban la constatación de la existencia de tres Atlánticos diferentes: el español, el portugués y el británico (a los que pienso que debían añadirse los Atlánticos francés, holandés e incluso danés, marginados por su menor relieve, por su mayor tardanza en constituirse y por una deliberada preferencia del autor por los imperios continentales sobre los insulares, a pesar de la importancia indudable de las islas). Esta diferenciación es la que se pondría en primer plano en las obras sucesivas que habremos de analizar. En todo caso, la historia atlántica se singularizaba por sus interacciones e influencias recíprocas, lo que permitía al autor dar entrada a extensas reflexiones sobre los movimientos migratorios trasatlánticos y sobre la identidad de los criollos. Finalmente, se concluía con la propuesta (declarada ya al inicio) de «plantear la historia de España y América como partes integrantes de una sola comunidad».

Seis años más tarde, el espíritu de unidad se mostraba compatible con el espíritu de diversidad a la hora de analizar las coincidencias y las divergencias entre la colonización española y la colonización británica. En efecto, el nuevo libro del prestigioso hispanista (publicado en 2006, como ya se ha citado) empezaba por declarar las premisas de su empresa, que lo era de historia comparada. Así, por un lado, establecía las diferencias existentes entre las colonias de las distintas metrópolis europeas, sirviéndose para ello de una conocida aseveración del famoso filósofo ilustrado David Hume: «Las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas [aquí son las portuguesas las que se olvidan] son todas distinguibles incluso entre los trópicos».

A partir de aquí, el autor se preguntaba por el origen de tales diferencias, que a su juicio se deben a la interacción entre dos factores esenciales. Primero, el patrimonio llevado consigo por los primeros colonos, que a su vez hunde sus raíces en las sociedades de las que proceden. En ese sentido, Pierre Vilar había ya caracterizado sumariamente la colonización hispana jugando con una famosa sentencia de Lenin: «el imperialismo español en América» sería «la última etapa del feudalismo». Es decir, los conquistadores o los colonos llevaron al Nuevo Mundo lo que conocían del Viejo: sus modos de explotación económica y de organización social, sus instituciones y su universo mental.

Y, segundo, el elemento enfrentado dialécticamente a este bagaje importado sería el contexto local en que hubieron de insertarse los recién llegados. Los condicionantes dependían, por un lado, del espacio, es decir, de las distintas geografías físicas, humanas y económicas, lo que permite contrastar las inmensidades de la América hispana y las sociedades densas demográficamente, bien organizadas y materialmente desarrolladas que encontraron los españoles, con los relativamente reducidos espacios y las comunidades humanas más atrasadas desde todos los puntos de vista que abordaron los colonos ingleses. Y, por otro lado, dependían del tiempo, ya que no fue lo mismo llegar los primeros y enfrentarse a realidades multiformes y completamente desconocidas que llegar un siglo después y por tanto ya prevenidos por las muchas experiencias anteriores ampliamente difundidas por innumerables testigos de primera mano.

El libro concluye con un epílogo de sumo interés, quizás no tanto para la historia atlántica, pero sí por los ponderados juicios emitidos por el historiador sobre el tema de rigurosa actualidad de la valoración del proceso de incorporación de las tierras americanas por parte de los europeos. Así, el autor huye de los lugares comunes, dando cuenta de las luces y las sombras de las colonizaciones, que produjeron sociedades nuevas, más avanzadas y más libres (no siempre si nos referimos al caso de los esclavos, se me ocurre añadir), pero sin que ello pueda ocultar que todo el proceso estuvo «manchado de horrores incontables».

Su tríptico fundamental para la historia atlántica se cierra con otra conferencia inaugural, la pronunciada en el *XX Coloquio de Historia Canario-Americana* en el año 2012. El ilustre historiador aprovechaba esta nueva oportunidad para ocuparse del último caso que había quedado sin tratar en las dos ocasiones anteriores, el del imperio portugués de América, analizado desde la óptica ya bien experimentada de señalar las coincidencias y las disparidades con relación al imperio español, como indicaba el título de su discurso: *El Atlántico español y el Atlántico luso: divergencias y convergencias*. Y como confesaba en su introducción, «Brasil se merece sin duda

un lugar en el tipo de historia atlántica que reivindicaba en mi intervención del año 2000, una historia atlántica que busca tanto conectar como comparar».

El conferenciante inició las comparaciones entre ambos imperios basándose en lo que ya había escrito años antes Francisco Morales Padrón, quien estableció las diferencias entre las *capitulaciones* españolas y las *cartas donatarias* portuguesas, entre el extenso corpus de medidas protectoras de los indios en la América española y la inexistencia de una legislación semejante en el mundo portugués, entre la abultada burocracia establecida en Hispanoamérica y su extrema parquedad en el caso lusitano.

Tomando estas evidencias como punto de partida, John Elliott profundizó en las divergencias, muy sensibles a todo lo largo del siglo XVI. Así, la rápida institucionalización del mundo hispanoamericano contrasta con el lento control real del territorio lusoamericano, incluyendo la exigua presencia de la Iglesia en Brasil (con un único obispado, el de San Salvador de Bahía establecido en 1551) frente a la acelerada expansión eclesiástica española en el Nuevo Mundo, con 31 diócesis (cuatro de ellas arzobispados) a finales del Quinientos. Del mismo modo, la instalación de colonos marcaba también una fuerte disparidad entre los ciento cincuenta mil españoles asentados antes de la década de 1570 y los poco más de veinte mil instalados en Brasil por las mismas fechas.

Esta situación experimentaría una sensible variación a partir de la unión de las Coronas de España y Portugal, que se mantuvo, como es bien sabido, durante sesenta años (1580-1640). Ahora, según John Elliott, es cuando podemos hablar de la existencia de un solo «Atlántico ibérico». Esta unidad se hizo notar en el campo de la defensa (colaboración militar cuyo punto culminante fue la reconquista de Bahía de manos holandesas en 1625), en el de la economía (particularmente en el tráfico de esclavos garantizado por las naves portuguesas y concentrado en Veracruz, Cartagena de Indias y Buenos Aires en territorio español) y en el del contrabando de la plata española, que se extraía de Potosí en el Alto Perú español y se trasladaba hasta Buenos Aires para reembarcarse en las naves portuguesas rumbo a Lisboa.

La separación de Portugal (desde 1640 y oficialmente desde 1668 tras la firma del tratado de Lisboa) acabó con este estado de cosas y liquidó la colaboración entre ambas monarquías en América. En su lugar, y sobre todo después de la reconquista de Angola por parte de Salvador de Sá, se produjo, siguiendo las propias palabras del historiador británico, la restauración de un «Atlántico luso afroamericano como unidad económica integrada y viable». Y del mismo modo, la política ultramarina portuguesa del siglo XVIII consiguió una transición a la independencia del Brasil «sin grandes trastornos», en agudo contraste con la virulencia de las devastadoras guerras que marcaron el proceso de emancipación de las colonias españolas en América. Con estos datos John Elliott pudo concluir que «las diferencias entre ambos mundos atlánticos son llamativas, pero también lo son en muchos aspectos sus semejanzas», aunque en su discurso estén mucho más presentes (salvo para el periodo 1580-1640) las divergencias que las convergencias anunciadas en el título.

A partir de ese momento, el historiador británico no volvió a navegar por las aguas del Océano más que de modo ocasional. Sin embargo, ahí quedan sus sabias palabras, que constituyen una de las más brillantes reflexiones sobre el ser y el devenir de ese espacio atlántico, sobre su unidad y sobre su diversidad, sobre las conexiones y las discrepancias en el seno de ese mundo en construcción. Lo más significativo es su convicción de la posibilidad de escribir una auténtica «historia atlántica» que superase la fragmentación de las narrativas aisladas y ensimismadas, en un momento en que (como también asume el gran historiador) se estaba ya gestando una historia global, una historia de la primera globalización. Descanse en paz el añorado hispanista y consolémonos con su memoria.